Como corona augusta ceñí tus soles rojos
a mi sencilla frente llena de orgullo mío;
a tu otoñal trabajo emularon mis ojos
y sollocé de amores en brazos del estío.

Yo vine a ti, Natura, sin miedo ni prudencia;
te di mi razón íntegra para virtud y mal,
y tuve por bien solo, por única conciencia,
tu espíritu impetuoso de astucias de animal.

Cual flor do liba mieles la abeja en la floresta,
mi vida se difunde en cánticos y aromas,
y mi alma matutina es como henchida cesta
en que te traigo ramas y en que te ofrendo pomas.

Sumisa cual la onda donde un árbol en frutos
refleja sus encantos, yo conocí tu sed,
que despertó en las almas de seres y de brutos
la graciosa impaciencia y el divino querer.

Entre mis brazos viva palpitas, ¡oh, Natura!...
Y un día será fuerza no ver la luz del sol,
y que vaya a una patria sin viento y sin verdura
donde jamás exista ni claridad ni amor...

EN TIERRAS DE ROUSSEAU

Con sus erguidas lonas, un velero cansado
sueña como la torre de un templo abandonado.
En la tarde infinita, trémulos y frondosos
se dibujan los álamos cual cipreses gozosos.
En el campo, en que flota blanquecino vapor,
los cencerros parecen festejar al pastor.
En plata gris, un cedro de silueta ondulada
tiene el tumulto obscuro de nube encadenada
que arrastra sobre el éter su rayo tenebroso,
y hay un temblor que baja difundido y untuoso.
Los montes sobre el agua pesan ligeramente;
todo parece frágil, delicado y doliente.

II

No se sabe qué vaga y esfumada quietud
medita. Sobre el agua, en dulce lentitud,
los rubíes de un faro desgranándose van.
¡Noches de Lamartine y de Chateaubriand!
¡Viento sobre los álamos, fuentes en las colinas,
sonar de cascabeles al pasar las berlinas,
desfile de villorrios, húmedo valle, en donde
la frescura infinita del silencio se esconde!
Luz tenue en las ventanas de la humilde hostería,
rugir de los torrentes, labor de leñadores,
cortezas de abatidas hayas, cuyos olores
dan un perfume de agua y de carpintería,
¿cómo desdeñar pude vuestro noble dulzor?
Retirada en mi grave y mística labor,
retraídos mis ojos, mi alma fuerte y bravía
hacia una paz profunda de soledad subía.
Naturaleza, dame lo más de amor humano
que puedas; sus tinieblas como su luz astral,
la gracia de ir con todos por el camino llano
lejos de la grandeza aislada y funeral;
vivir entre los muertos, oír cómo murmura
la piedra en el molino, en el taller la sierra,
y cómo esparce al viento la risa de la tierra
mientras dirige al alma su oración a la altura.

RENATA VIVIEN

ASI HABLARÉ...

Cuando el Señor asome su rostro en mi agonía,
«Cristo, no te conozco» — le dirá la voz mía—;

«Señor, no fué mi norma la estricta ley cristiana,
y he vivido lo mismo que una simple pagana.

»Su ingenuidad te muestra mi corazón desnudo;
mas él no te conoce ni conocerte pudo.

»Huí como la arena, como el agua he pasado;
si pequé, no me daba cuenta de mi pecado.

»El mundo era, a mis ojos, cual floresta divina.
Bebía el alba clara, la tarde cristalina.

»El sol me enardecía con su quemante ardor,
y a femeniles brazos me empujaba el amor.

»Un pabellón soberbio el cielo semejaba.
Apareció una virgen en mi umbral. Yo esperaba.

»Cayó la noche... ¡Oh día! ¿Por qué en infausta hora
con su luz moriecina trajiste a la aurora

»que la encontró en mi lecho? Ella durmió conmigo
como la amada duerme en brazos del amigo.

»Y desde aquel instante, mi ensueño se desvela
pidiendo eternidades al momento que vuela.

»No advertí de la amada la frialdad en los ojos
y la adoré, burlando tu ley y tus enojos,

»Pendientes de esos ojos, sólo su amor buscaron
los míos... Y las gentes de bien me lapidaron.

»Sólo su voz amaba, sólo su voz oía
y bien supe que nadie mi afán entendería.

»Pero llega la noche, y mi nombre y mi pena
se borran como cifra que se escribe en la arena.

»Serán los nuevos días engañosos y adversos;
nadie al caer la tarde recitará mis versos.

»Señor, mírame y júzgame... En la hora presente,
ante el silencio humano estamos frente a frente.

»El amor me ha brindado amargura y consuelo,
y no soy acreedora de infierno ni de cielo.

»No escuché la armonía celestial de tus santos
por ocupar mi oído en extranjeros cantos,

»esos cantos de Lesbos cuyos coros callaron.
Mis versos no tus glorias ni tu amor celebraron.

»Mas no lancé blasfemias en mi demencia loca;
el beso fué la única blasfemia de mi boca.

»Déjame, en el silencio nocturno apetecido,
unirme con aquellas que no te han conocido.

»Safo preludiaría en su laúd un canto
de mi adorada virgen celebrando el encanto.

»Alba como los lirios al ver a mi doncella,
la juzgara más blanca que Attis y más bella.

»Nosotras, las del coro, comprimido el aliento,
cual antes Mitilene, oiríamos su acento.

»Nuestras manos traerían las antorchas, las flores...
No pudimos amarla bajo tiempos mejores,

»cuando ágil escanciaba, entre oro y sederías
de los mullidos lechos, néctares de alegrías.

»¡Cuál celebrara ella, en su claro cantar,
aquel vergel lesbiano que se abre sobre el mar,

»vergel de las cigarras, do se escapa embriagante
el olor del racimo como un carmen vibrante!

»Flotaran nuestras túnicas entre los blancos velos
de Attis y de Timas, y de Eranna de Telos.

»Y aquellas cuyo nombre de solo oírlo encanta,
se agruparan en torno de la aeda que canta.

»Cristo: ya que no pude conocerte y amarte,
en la ocasión suprema del morir, voy a hablarte:

»Fuí sólo una pagana; perdóname, Señor,
y déjame que vuelva al antiguo esplendor;

»y pues que ya la hora de la muerte ha venido,
úname con aquellas que no te han conocido!»...

SAINT-POL-ROUX

GÓLGOTA

Con sus velos más tristes, el nublado horizonte
se crispa sobre el drama universal del monte,
y lanzas triangulares con su brusco perfil
sobre el asta simulan la lengua de un reptil.

Clavado entre dos lobos de humanado semblante
y como fresco trozo de carne palpitante,
agoniza el Cordero, a la cruel embestida
del odio, aquel que daba su mansión y su vida.

Jesús bala un perdón supremo en la tormenta
en que cruje y rechina su estrujada osamenta;
mas la sangre purpúrea que de su frente llora,
sus angustias divinas de corales enflora.

Judas, siniestro sapo con humano atavío,
bajo un árbol clemente mece un dolor tardío,
y se dice que arriba han muerto los luceros
para no parecerse a los treinta dineros.

ERNEST RAYNAUD

EL FAUNO

Yo fuí sedente fauno oculto en el follaje
cabe rincón florido de un parque abandonado
donde atisbé con ojo marmóreo y asombrado
el salto de una ardilla y el vuelo de un celaje.

Hoy por hoy, un museo me sirve de boscaje,
y por recuerdo único del sitio que he dejado,
hay dos briznas de hierba que a mis pies han brotado,
y en la ventana abierta, un trozo de paisaje.

Mi reclusión da fuerza a las memorias mías.
¡Oh, alígera parvada que a la aurora venías
a beber el rocío de mi mano en la palma!

Aquí me rinde un pueblo asombro y ovaciones
y me cuidan lacayos de dorados galones;
mas en el viejo parque se me ha quedado el alma.

EL REGRESO

Dulce ciudad, te veo. Diez años viví ausente.
Aquí, bajo las frondas de tu arboleda obscura,
jugué con otros niños en una edad más pura,
libre de todo duelo y de mi mal presente.

Una acogida tibia y un rostro indiferente
me dan aquellos pocos cuya amistad perdura,
y bríndanme tan sólo su ofrenda de ternura
las cosas, que no tienen la infamia de la gente.

La calle dond el río ya se deshincha o sube
según va la marea, bajo la parda nube
aun teje sus ramajes y da camino llano.

Agítanse las hojas al soplo de la brisa,
y, a veces, levantándose de la noche indecisa,
un olvidado sueño me coge de la mano.

FERNAND SEVERIN

PENSADOR, LA HERMOSURA...

Pensador, la hermosura del bosque en primavera
sobrecoge tu espíritu hoy por la vez primera
y la tierra te embriaga con su aroma sutil...

Transcurrieron tus días en meditar en vano
el enigma del hombre ante el destino humano,
y sobre el libro, pálida, tu frente cayó al fin.

¿Y qué? Guarden los dioses la verdad escondida,
y goza sin resabios, mientras pasa tu vida,
la dulzura que encierra la palabra: vivir...

RODENBACH

EPÍLOGO

Otoño; el año muere en la lluvia cerrada.
La juventud se extingue, y el afán noble y fuerte,
único en que pensamos cuando llega la muerte:
el de sobrevivirse en la obra terminada.

Mas la esperanza huye, el afán incesante
es sueño ido, vano como todo lo nuestro;
los apóstoles niegan el nombre del maestro,
y el más leal traiciona antes que el gallo cante.

Guirnaldas de la gloria, ¡ah, vanas, siempre vanas!
Y, no obstante, qué triste es el haber soñado
no perecer del todo, un poco haber salvado,
y dejar algo nuestro en las barcas humanas.

Lo que hay en mí de rosa siento que desflorece,
siento que se marchita y lo arrancan de mí...
Mi sangre no circula, deshojarse parece...
¡Es noche y tengo sueño, el sueño de morir!...

EL ENFERMO, A MENUDO...

El enfermo a menudo examina sus manos
pálidas, y que tienen ademanes benignos
de unción y sacerdocio, ya sin rasgos humanos;
y las consulta, y mira sus flacos dedos, signos,
más seguros que el rostro, de su estado y sus penas,
con su marfil enjuto y sus delgadas venas.

Sobre todo en la tarde, él las mira bañadas
por la luz del crepúsculo, el otoño del día,

y ve en aquellas manos por el mal afiladas,
cual si se prolongara fuera de él su agonía.
Manos que son más pálidas cuando la noche asoma,
que se aman y buscan en un constante anhelo;
ellas tienen friolentas blancuras de paloma,
y, leves, se diría que van a alzar el vuelo.
Sobre el aire dibujan sus fantásticas huellas
cual si por la ventana un rayo de la Luna
de nuevo se filtrara a posarse sobre ellas.
¡Qué pálidas entrambas! El enfermo delira
rememorando aquellas de los tiempos lejanos,
y no las reconoce por suyas, y las mira
cual niño que contempla en el agua sus manos.

Ve después en el mudo espejo sin memoria
—cristal que reconcentra su agua obscura un instante—
sus manos que se hunden cual pareja ilusoria;
¡oh, la fuente obstinada y voraz, triste lago
en que sus manos sigue en un recuerdo vago,
par blanco que se pierde cual si fuera un reflejo
mientras que se consume el agua del espejo!
Y piensa que muy pronto ya no podrá en su viaje
seguirlas con los ojos cuando la noche baje
hasta el agua profunda del espejo extinguida...,
y ¿no es acaso, verlas morir, en esa huída?...

FRANCIS VIELE GRIFFIN

CANCION

En mis manos la lluvia he recogido
—cálida lluvia que parece llanto—
y la bebí cual filtro, prohibido
a causa de un encanto;
porque en mi sér tu sér quede dormido.

Cogí los trigos de la granja obscura
—trigo que finge granizada fina—
y lo sembré sobre la gleba, dura
a causa de la escarcha matutina;
porque puedas gustar la mies segura.

Hojas y hierbas he cogido ahora
—que hace ya mucho marchitó la suerte—
e hice una dulce llama, embriagadora
por su acre olor y por su savia fuerte;
a fin que guardes sin temor la aurora.

He cogido tu boca, tu melena
jocunda, el rosa que en tu faz ardía,
e hice cuerdas de lira, una bravía
aurora, un rayo jubiloso... Suena
el día como un canto de colmena.

ÍNDICE

Págs.

Nota crítica..... 7

VERLAINE

De «Sagesse»..... 13
Pierrot..... 15
Coloquio sentimental..... 17

BAUDELAIRE

El ideal..... 21
La giganta..... 23